



*Tratado de la enfermedad y muerte
del Filósofo por toda la Carta XLI.*

patria. Esto solo te puede consolar de la incomodidad y del riesgo á que te expones. Y pues tú no vas mas que por obediencia y con vivos deseos del acierto, Dios que siempre ayuda las buenas intenciones, ayudará las tuyas. Tú te lisonjeras con la idea de que volverás presto. Yo lo deseo; pero viajes de esta especie son siempre mas largos de lo que se piensa, y yo temo que este sea tambien de cuatro ó cinco años como el otro. Dios disponga lo que convenga; pero espero que si en tus viajes hallas medios de darme noticias tuyas, no negarás este consuelo á mi amistad. A lo ménos te pido, que cuando vuelvas no me retardes un instante la noticia de tu retorno. A Dios otra vez, Antonio mio.

CARTA XLI.

MARIANO A ANTONIO.

QUERIDO Antonio: ¡qué agradable sorpresa me ha causado tu amable carta! ¡y cuánta satisfacción me ha producido! Desde que me informaste de tu nuevo viaje y sus justos motivos, no he vuelto á tener noticia tuya, y mi amistad estaba tan quejosa

de tu silencio como inquieta de tu suerte. Bien sé que un viaje de mar, un destino incierto, y un término poco seguro, podían bastar para desarmar la queja; pero también eran motivos para aumentar el susto, y yo he sufrido mucho en no saber de tí en tan largo tiempo. Pero al fin ya estás de vuelta, y el cielo te ha conducido con felicidad. Yo le doy gracias, y te las doy á tí de que tu primer cuidado haya sido comunicarme el aviso.

Tú quieres que yo te instruya de nuestro estado y de nuestros establecimientos. ¡Ay, amigo! los tiempos se han mudado. Entónces podía escribirte los progresos y la prosperidad que el cielo concedía á nuestra solicitud con el gozo que siente el corazón cuando pinta dulces afanes que logran ser benéficos. La mano corre con ligereza, y las rosas le dan el colorido; pero hoy Antonio, ¡qué diferencia! Un velo fúnebre cubre todo nuestro recinto. Hoy nos vemos rodeados de las funestas sombras de la muerte. Imagina la mayor de las desgracias, y esta es la que lloramos. Mi incomparable amigo, el hombre en quien Dios hizo tan visible el poder de su gracia, el monumento vivo de su misericordia, y una de las pruebas mas enérgicas de la fuerza y virtud del Evangelio, no existe ya. Dos meses ha que el cielo le arrebató de la tierra, que no merecía poseerle, y arrancándole de nuestros brazos, nos ha dejado huérfanos y desconsolados.

Su muerte fué digna de los últimos años de su

vida. Este ilustre convertido leía y meditaba continuamente los santos documentos que le había dado su director, que él llamaba su primer apóstol, y el oráculo de su corazón. Todo su deseo era grabarlos en su espíritu para practicarlos. No obstante, te diré que á los primeros días de mi arribo advertí que su inclinación natural le conducía á la tristeza y á la soledad; pues observé que siempre que podía se retiraba al secreto de su cuarto, donde pasaba las mañanas enteras.

Observé también, que cuando salía de sus meditaciones traía los ojos encendidos con señales de haber llorado, y que al mismo tiempo venía con gesto tan dolorido, y con una expresión tan fuerte de melancolía, que era fácil conocer las angustias de su corazón. Muchas veces se quedaba absorto en sí mismo; no tomaba parte en nuestras conversaciones, y era menester como casi despertarle para que se asociase á nuestros discursos. Era claro que estos eran efectos de su punzante arrepentimiento, y de la profunda impresión que le habían dejado los extravíos de su vida.

Un día que estábamos solos, y que me pareció que estos sentimientos atribulaban su corazón con mas actividad, le dije: Amigo, tu conducta no me parece conforme á los consejos de tu director. Este te ha dicho que cada estado tiene sus ejercicios, y que cuando Dios nos da una vocación, nos señala en ella las virtudes que exige de nosotros. El

solitario, el cenobita á quienes no impone otros deberes, hacen muy bien en consumir su tiempo en el llanto de la penitencia, ó en las contemplaciones del amor; pero aquellos á quienes carga de cuidados activos, que tambien son para su gloria, despues de haber dado un tiempo suficiente á los santos ejercicios, deben pensar en este desempeño. El cielo nos ha cargado....

Aquí me interrumpió mi amigo diciéndome: ¡Ay Mariano! Cuando repaso los muchos y largos errores de mi vida; cuando siento mi corazon cargado con el enorme peso de tantas iniquidades, es imposible....Y bien, le dije yo: Eso mismo debe servirte de consuelo y de motivo para el gozo; pues Dios te ha sacado de estado tan infeliz....¡Ah! si yo supiera que su bondad me ha perdonado.... ¡Pues qué dudas de la virtud de los sacramentos?....No; pero dudo de mis disposiciones, dudo de mi flaqueza, y dudo que un miserable como yo.... Estos sentimientos son buenos, le interrumpí, y deben servirte para tenerte humillado y vigilante; pero todo tiene su medida, y nunca deben excluir la justa confianza. Al contrario, nada podrá inspirártela tanto como ver que te ocupas en las virtudes que Dios te impone, pues esto será señal de que te da su gracia para hacerle los servicios que le son agradables.

Dios te ha dado hijos que debes criar, casa que debes dirigir, vasallos de que cuidar: ve aquí tus

deberes; ve aquí el único campo en que puedes sembrar y recoger virtudes; y las que te embaracen el cultivo de estas son extrangeras, y dejan de ser virtudes, porque son contrarias al espíritu de tu vocación. Despues que un hombre que se halla en tu estado empieza á santificar el dia pagando á Dios el primer tributo de su reconocimiento y amor; despues de haber dado algun tiempo á la meditacion de su ley, de su grandeza y de sus beneficios; y en fin, despues de haberle ofrecido el inefable y augusto sacrificio, ¿qué puede hacer mejor en lo demas del dia sino ocuparse en los objetos de que el mismo Dios le encarga? Todo es oración para el que ejercita lo que Dios le ordena. La intencion lo santifica todo; hace divinas las cosas mas indiferentes, y transforma en preciosas las mas viles.

Sin duda que es un motivo eterno de disgusto para el hombre haber desconocido y agraviado á su Dios, haber malogrado muchos años de su vida, y haber hecho cosas cuyo recuerdo destroza el corazon; pero esta es la condicion de la flaqueza humana. ¡Y qué otra cosa puede hacer el miserable cuando ya estan hechas las faltas, que recurrir á los remedios que la Religion le presenta? El que ya tiene la felicidad de haberse acogido á este sagrado, el que ya siente que con un sincero dolor está resuelto á perder la vida antes de ofender á Dios, y que le pide de véras que sostenga su flaqueza, haria mucha injuria á su misericordia, y manifestaria no

fiarse bastante en sus promesas, si desconfiara de su perdón, y no esperara en los socorros de su gracia.

Esta conversacion fué muy larga, y me parece que hizo algun efecto en su espíritu; pues desde aquel dia le noté tomar un tono diferente. Le observé que en todas ocasiones procuraba esforzar su ánimo con las ideas de la humilde confianza que la Religion nos prescribe, y me pareció que con una progresion insensible, estas ideas daban otra expresion á su exterior. En efecto, la confianza logró introducirse en su alma, y la serenidad en su semblante. La solidez y la hermosura de la Religion de que se hallaba tan penetrado su espíritu, habian aumentado su natural sensibilidad, y siempre que se recogia en la oracion, ó cuando hablaba de Dios, los ojos se le enternecian con el llanto.

Pero este llanto era de otro carácter; ya no eran las lágrimas amargas de una compuncion austera que derrama el dolor por un mal que considera irreparable, y que acompañan las inquietudes del temor; eran lágrimas de un corazon agradecido que siente la inmensidad del benefico, y quisiera pagarle con la confianza del amor. Su paso era mesurado; su trage simple, pero decente; su exterior circunspecto, pero amable; su tono serio, pero dulce; y como á todo esto se juntaba su noble y agradable fisonomia, adornada ya con los blancos cabellos que le empezaba á dar la edad, todo representaba en él la figura del buen cristiano, y del hombre de bien.

Era imposible verle sin amarle, y sin sentirse penetrado de respeto y veneracion. Su aspecto solo inspiraba la confianza, y exhortaba á la virtud; pero estos sentimientos crecian mucho cuando se le miraba de mas cerca. Su vida era sobria, sujeta á una regla, y siempre ocupada en sus obligaciones. No solo fué el alma, el móvil y el que hacia todos los gastos de nuestra sociedad, sino el mas ardiente de sus cooperadores. A pesar del descuido de su educacion, sus talentos naturales le hicieron adquirir una inteligencia superior en todos los objetos de las artes, y la hizo servir á nuestra utilidad con muchas ventajas.

Despues de reglar todas las mañanas sus negocios domésticos, y mientras yo me ocupaba en la enseñanza práctica de sus hijos, mi amigo recorría todos los dias las fábricas, sus trabajos y manufacturas. A todas llevaba la inteligencia, el acierto y el estímulo del celo. Tambien visitaba los enfermos y necesitados. Añadia á los socorros mas necesarios que habia suministrado la sociedad, los que su beneficencia creia útiles ó agradables. Los consolaba: despertaba la atencion de los asistentes, de los ministros de la salud, y sobre todo procuraba la prontitud de los socorros cristianos cuando el peligro los hacia oportunos. Lo único que se permitia cuando le quedaba algún tiempo ántes de comer, era dar solo un paseo por el campo. Nos decía que esta era la hora de su grande lectura; porque iba á

Leer lo que Dios nos ha escrito en el libro inmenso de la naturaleza: las reflexiones del día solían ser el asunto de la conversacion en la mesa.

Esta era frugal, pero proporcionada y suficiente para nosotros y su familia, sin permitir nada exquisito ni costoso. Despues de comer ya no se apartaban de nosotros, y cuando el sol empezaba á templar sus ardores, íbamos juntos al paseo. Creia que este ejercicio era conveiente para sus hijos, y se complacia en verlos correr, saltar y acostumbrarse á toda especie de fatigas con los demas muchachos del pueblo. Decia que esto era útil para fortificar su temperamento, para hacerles adquirir agilidad, y él mismo los excitaba con el estímulo de ganar los premios en los combates gimnásticos de nuestras fiestas.

Algunas veces nos ocupábamos en nuestros paseos con el estudio de la historia natural. Mi amigo la aprendia con una ansiosa solicitud, y cada flor, cada planta, cada piedra le daba nuevos motivos de admiracion y de amor hácia el Autor de maravillas tan bien organizadas. Una parte de las primeras horas de la noche, miéntras yo me ocupaba con los niños, él la pasaba en reglar sus negocios domésticos, ó en meditar la ley divina. Cuando yo acababa mis lecciones hacíamos todos una lectura útil, que él animaba con reflexiones oportunas, y yo admiraba con frecuencia el fuego de la virtud en que ardia su corazon, y que tambien encendia nues-

tras almas. La cena y las oraciones de la noche llenaban lo demas del tiempo, y así acababa un día que no era mas que repetición del precedente, y en sayo para el venidero.

Ya puedes figurarte que el irresistible ascendiente de la virtud, añadido á una beneficencia tan universal, y un celo afectuoso tan extendido como vivo, debieron ganarle todos los corazones. En efecto, todos le miraban como un ángel tutelar descendido del cielo para consuelo y felicidad de esta poblacion. El sentimiento que tanta virtud y tantos beneficios produjeron en todos sus vasallos, no era solo aquel respeto que inspira la superioridad de los talentos, del nacimiento y de la fortuna; tampoco era aquella reverente sumision que nace de la dependencia, ni aquel servil acatamiento con que se espera el beneficio; ménos era aquella humillacion baja con que se presenta la esperanza cuando la acompaña el temor; y tampoco bastarian para describir este afecto ni las ideas que dejan la natural veneracion que se acarrea el mérito, ni la satisfaccion que produce la confianza y la ternura que se gana el amor: era un sentimiento compuesto de todos estos, y los habitantes felices de este pueblo, cuando veian á mi amigo, sentian movimientos en su corazon, y hallaban en sus labios expresiones que nunca habian podido producir en sus almas la vista de sus padres, hijos, maridos, y los otros objetos mas tiernos de su vida.

De aquí puedes inferir el grado de autoridad que llegó á adquirir entre todos, sin desear tener ninguna, ni mandar jamas nada. Su juicio solo lo arreglaba todo. Ya no habia pleitos, porque él componia todas las diferencias. Méenos se veian enemistades públicas ni desavenencias domésticas, porque él llevaba á todas partes la paz y la amistad en sus labios, y bastaba el temor de desagradarle para que todos y cada cual cediesen á costa de penosos sacrificios.

A medida que las gentes se iban ilustrando, el valor de sus oficios paternos iba adquiriendo mayor fuerza, y llegó el momento en que cada palabra suya era un oráculo, y cada ejemplo una ley. ¡Dichosos ellos! pues mi amigo no se servia de la autoridad que le daban sino para hacerlos felices, para dirigirlos por las sendas de la virtud, y para reformarles las costumbres. No hay hombre que, cercado de tropas y cañones se haga obedecer con tanta celeridad y tanto gusto. Mi amigo no tenia mas armas que sus labios, mas castigos que su ceño, y una palabra suya bastaba para reprimir el desórden, hacer respetar la virtud y contener las pasiones.

Dios le dió tiempo no solo para emprender y acabar todas las empresas que imaginó útiles para la felicidad de esta poblacion, sino para que pudiese ver los frutos, y gozar él mismo de los beneficios que habia hecho. Este pueblo es hoy el trono de la

paz, el centro de la abundancia, y el modelo de lo que puede caber en la perfeccion humana. Todo está corriente y arreglado; no hay vicioso ni mal entretenido; un mendigo seria un oprobio, un borracho un escándalo. Cada cual se aplica á su profesion respectiva, y ya se tiene por vergonzoso no estar aplicado á su oficio el dia de trabajo.

Los dias de fiesta se pasan entre las funciones de la iglesia y las inocentes diversiones que estan destinadas para cada uno de estos dias, y todas tienen el objeto de ocupar un tiempo que sin ellas se pasaria en vicios ó discordias. Todas estan ordenadas de manera, que por sí solas puedan contribuir á la mejora de todas las edades. La niñez adquiere agilidad, industria y fuerza; la juventud se forma, adquiere ideas de honor, estímulos de gloria y principios de obediencia y virtud; uno de los sexos en medio de la decencia, y con las reglas del decoro, escoge la compañía y dulzura de su vida; y al fin la ancianidad halla el reposo y el respeto, que debe ser la recompensa de sus largas virtudes. Así las buenas costumbres se refuerzan con los ejemplos prácticos, y se corroboran mas, porque son mas repetidos. Por este órden cada uno se pone en el lugar que debe; y de este arreglo general resulta la armoniosa consonancia de que nacen la paz, el concierto y la felicidad de todos.

Pero lo que sobresalia mas eran las virtudes domésticas. Mi amigo concibió desde luego que estas

son la basa de las públicas, y que sin ellas es una quimera buscar las otras. Con este principio tan seguro, su principal ocupacion era poner en estimacion y valor el amor conyugal, la fidelidad de los esposos, el amor y cuidado bien dirigido de los padres, el respeto y la obediencia de los hijos; y en fin la caridad, la paciencia, la dulzura, y todas las demás virtudes de la sociedad humana que la Religion tambien consagra; y en poco tiempo consiguió hacer una transformacion tan general y notable, que prestó la fama llevó nuestra reputacion mas allá de nuestra comarca.

Ya los mozos de los pueblos vecinos preferian las muchachas de nuestro lugar; pero estas tenian mucha pena en dejarle. Las grandes señoras de las ciudades ricas eran muy dichosas cuando podian encontrar una criada educada en nuestro pueblo; pero eran pocas las que querian serlo. En fin, bastaba ya el renombre de nuestra poblacion para dar á cuantos eran de ella reputacion de honradez y de estimacion.

Mi amigo era testigo, gozaba de todo, y con la felicidad que habia dado era mas feliz que ninguno. Cuando algunas veces le dábamos noticias, ó le haciamos mencion de tantos y tan bien logrados frutos de su celo, él nos respondia con los ojos llenos de las dulces lágrimas de su placer: Nosotros hemos plantado y regado; pero Dios es el que ha dado el incremento.

En fin, yo creo que si es posible que haya un mortal dichoso en esta vida, lo era ciertamente mi amigo, que lleno del amor de Dios y del celo mas vivo por la humanidad, veia tantos dichosos; de modo que reunia en su corazon la felicidad de todos. ¿Pero cuánto mas puro debia ser su júbilo cuando consideraba, que este bienestar que les habia procurado en la tierra, los encaminaba tambien al cielo? ¿Que estas eran dichas estables, que debian pasar mas allá de su vida; y dichas fecundas, que sin mas limites que la duracion del mundo debian producir nuevas generaciones, que todas disfrutarian de sus mismos beneficios?

El cielo le dejó gozar algun tiempo de placeres tan raros y exquisitos; pero al fin quiso recompensarle con los que no se acaban. Nosotros habiamos observado que despues de algunos dias se veia una sensible alteracion en su salud; su semblante parecia pálido y marchito, sus facciones alteradas, sus ojos apagados y lánguidos, su apetito disminuido, y él mismo se quejaba de continuas vigiliias y desasosiegos. Nosotros no nos atreviamos á mostrarle nuestra inquietud; porque este hombre tan blando y tan humano para otros, era muy duro para sí mismo, y su dulzura jamas oia con desagrado sino solo lo que podia ser cuidado ó inquietud de su persona.

Por otra parte temiamos hacerle ver nuestro temor. Pero un dia que con sus hijos haciamos nuestro paseo ordinario de las tardes, y que respirába-

mos en un olivar el aire puro de los campos, vednos dijo, esos bellos olivos. Es verdad que su color es mustio, y parecido al de los cipreses; ¡pero qué diferencia en los efectos! Al ciprés seco y sin fruto, su tristeza y su esterilidad le han condenado á ser el símbolo de la muerte. Es el único adorno funerario que puede decorar los depósitos solitarios en que reposan las frias cenizas de los que yacen; pero el olivo fructífero y fecundo es el símbolo de la paz, y contiene en sus ricas producciones todos los principios de la vida.

Con este motivo nos hizo, según su costumbre, un sublime discurso sobre el aceite, llamándole la más útil criatura de Dios. Después de habernos explicado los usos en que el hombre le convierte, tanto para su alimento como para las artes y manufacturas, nos expuso las relaciones que tiene con el cielo, las virtudes con que Dios le santifica, y cómo es el símbolo misterioso de los más elevados ejercicios de la Religión.

Observad, nos decía, cómo con el oleo consagrado se hace el santo crisma que nos abre en el bautismo las puertas del cielo, y nos graba con un buril indestructible el carácter indeleble de cristianos. Cómo por su virtud descende á nuestras almas el Espíritu divino que corrobora nuestra fe, y nos inspira fuerza para resistir al torrente del mundo, y al de nuestra propia corrupción, dándonos fuerza para superar hasta el furor de las persecuciones.

Observad que con él se comunica al sacerdote el inefable poder con que puede derramar sobre nosotros la sangre de Jesucristo, y lavar nuestras culpas: que con él se confiere á los obispos el carácter eminente de legados de Jesucristo, y de pastores de nuestras almas; y que por fin tiene la virtud de purificar nuestros miembros cuando los han profanado los pecados, de quitarles las manchas que han contraído, y de hacerles recobrar la gracia y los títulos de adopción que el Espíritu Santo les había dado en el bautismo; y sobre todo, que este es el postrer vehículo con que el alma se transporta á su patria inmortal, las últimas alas con que vuela al seno de su Criador.

Después de haber dicho muchas cosas sobre este asunto, se volvió á mí y me dijo: Mariano, yo tengo mucho deseo de recibir con tiempo el sacramento de la extremaunción, porque es el último auxilio de los que se embarcan para la eternidad. Estos miembros groseros, prostituidos tan largos años á la iniquidad de sus sentidos, han menester recibir este último baño de la sangre del Cordero. Amigo, yo reclamo tu amistad, y también interpelo tu Religión. También reclamo el amor y la ternura de mis hijos; y pido á todos, que si la enfermedad entorpece mis sentidos, no me dilaten por una falsa prudencia, ó por un vano temor de afligirme, este santo remedio en que tengo mucha confianza, y que yo considero necesario.

Sus hijos se lo ofrecieron, y yo añadí: Para mí es muy fácil hacer lo que deseas, porque estoy persuadido de que este sacramento no solo es útil para la salud del alma, sino que también lo es muchas veces para la del cuerpo. Así lo cree la Iglesia, y la experiencia lo acredita cada día; pues apenas se unge á los enfermos con los oleos sagrados, cuando empiezan á sentirse mejores, sea que Dios ayude la virtud de los remedios, ó que comuniqué sus luces al médico para que los escoja con acierto. Así puedes estar seguro de que no olvidaré diligencia tan oportuna.

Mi amigo se enterneció. Pareció escuchar con satisfacción mi oferta, y la aceptó con expresiones de gratitud; pero sea que esté largo y muy sentido discurso le hubiese fatigado, ó que ya empezaba la enfermedad á desenrollar los síntomas que después se manifestaron, cuando dijo estas últimas palabras, una súbita palidez habia descolorido sus mejillas. Se sintió malo, y no pudiendo sostenerse en pié, se recostó sobre la tierra. Nosotros nos turbamos y acudimos á socorrerle; pero él nos hizo señas con la mano de que le dejásemos tranquilo, y lo hicimos así, sin atrevernos á decirle nada, porque conocíamos que le importunarian nuestras inquietudes.

Este silencio fué largo, porque tardó mucho en recobrarle; pero cuando pasó aquella congoja que le habia oprimido, y se sintió mejor, poniéndose en su asiento, nos dijo: Yo espero, amigos míos,

que vosotros no seréis de aquellos que hacen un estudio de distraer á las personas que aman de la idea de la muerte. Esta fatal prudencia solo puede ser hija de una fria amistad, ó de una fe muy débil: y yo deseo que mis amigos me dejen gozar del mas dulce de mis pensamientos, que es la proximidad del término de mis esperanzas.

¡Ay, hijos! considerad lo infeliz que es el hombre, que para no afligirse se halla reducido á la necesidad de olvidar que ya está cerca de morir! Reflexionad cuán glorioso es para la Religion el que solo en su seno la muerte sea una felicidad! Mariano: la filosofía que ha disputado y ha intentado obscurecer todas las verdades que incomodan á los vicios, debe estar desesperada de no poder negar la muerte, que es el término y el castigo de todos. Si hubiera podido quitar á los hombres la idea de la muerte, mucho hubieran logrado sus esfuerzos para tranquilizar las pasiones y para extinguir los remordimientos. Si no se hubiera visto morir á nadie, si la Providencia hubiera destinado un día fijo para la muerte general de todos, como le ha señalado para que todos resuciten, los sofistas hubieran pretendido que la muerte era una idea supersticiosa, como pretenden que lo es la resurreccion.

Pero la incredulidad que se atreve á negar todo lo que no se ve, no puede negar lo que dice la revelacion cuando la experiencia lo acredita; y es mucha desgracia suya que la falte este recurso pre-

cisamente en el punto mas decisivo, en el asunto mas importante, y en que desearia mas nuestra corrupcion que se la quitasen sus terrores. Lo peor para ella es, que ella misma aumenta los horrores naturales del sepulcro, y duplica las angustias de la muerte, pues nos quita todas las esperanzas sin quitarnos ninguno de sus horrores.

Solo el buen cristiano puede consolarse con la muerte, porque sabe que nada se destruye en el espíritu que le anima, y que la muerte no hace mas que dar otra forma á su existencia, que se queda lo que era; que lejos de extinguirse no hace mas que transformarse y mejorar de suerte, pasando de una vida de prueba y pasajera á otra mas elevada, en que empieza una duracion que nunca acaba. Por eso el cristiano es el único que puede hallar la certidumbre de su eternidad en las cenizas frias de esos tenebrosos subterráneos que se tragan todas las generaciones de los hombres.

Después de este discurso, mi amigo sintiéndose mejor, nos propuso volver á casa sin dar nueva señal de indisposicion. En el camino le dije, que seria bien avisar á D. Francisco para atajar ó prevenir cualquier riesgo. Este D. Francisco era el médico que mi amigo habia hecho venir al lugar, y que por su talento y acierto habia obtenido nuestra confianza. Mi amigo me respondió: Que venga en hora buena. Yo debo y estoy pronto á hacer lo que me ordene; pero Mariano, añadió acercán-

dose á mí, y bajando la voz, los hombres no pueden estorbar lo que el cielo dispone. Me parece que ha llegado la hora, y una voz interior me dice que ya es tiempo de ir á esperarte en la eterna mansion.

Estas palabras me hicieron estremecer, y aunque procuré disimular á causa de sus hijos, senti que me dió un vuelco el corazón. El me las habia dicho con aire tan agradable y risueño, que sus hijos no pudieron comprender nada; pero en mí produjeron una impresion tan profunda y dolorosa que no le pude responder. La serenidad de su semblante y la firmeza de su expresión, me parecieron una prueba segura de la certeza de su presentimiento.

D. Francisco, después de bien informado, nos dijo, que todavía no podia hacer juicio, y que para formar un concepto fundado, era menester que el tiempo diese algunas otras indicaciones; que todo aquello que habian observado podia no tener alguna consecuencia. No obstante, le prescribió un régimen, que dijo ser bueno para todos los casos, y mi amigo se sometió con docilidad; pero yo veia que esta obediencia era mas virtud que esperanza, y que á pesar de las conjeturas favorables en que abundaba nuestro deseo de su recobro, mantenia imperturbable en su corazón la idea de su próximo fin. Nosotros con todo eso empezamos á esperar, porque en tres dias enteros no volvió á sentir nuevo ataque ni otra flaqueza.

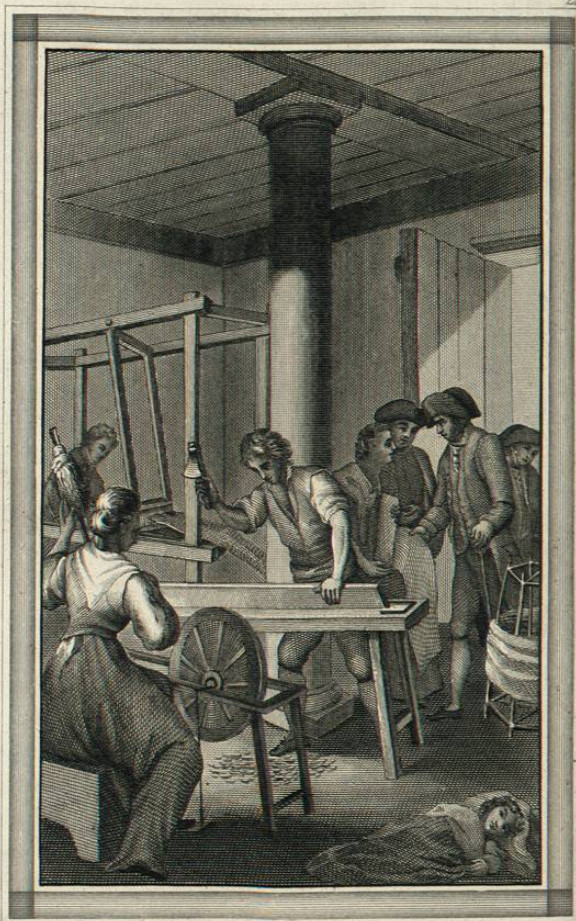
El mismo sintiéndose tan bueno, nos propuso re-

novar nuestros paseos de la tarde. El médico los aprobó diciéndole, que el aire podia serle favorable, con tal de que el ejercicio fuese moderado, y no largo ni violento; y con este salvoconducto nos resolvimos á ir aquella misma tarde al cementerio. Pero me parece que hasta ahora no te he dado ninguna idea de este edificio, y te le voy á explicar.

Quando mi amigo vino á este lugar, y se ocupó en reedificar la iglesia, dándola la forma magestuosa y decente que tiene hoy, observó que se enterraban en ella los difuntos. A su talento tan lleno del amor de la humanidad, no se podian esconder los inconvenientes de esta práctica; pues en efecto ni es prudente ni cristiano exponer á los que van á adorar al Dios de los vivos á que se contagien con los vapores de los muertos.

De acuerdo pues con el cura y las demas autoridades públicas, determino construir un cementerio separado, adonde se pudieran transportar todos los cadáveres de la iglesia que estaban en estado, y donde se enterrasen todos los que murieran en adelante, y tambien hizo levantar en él una capilla suficiente para celebrar en ella los officios de los difuntos. Por este medio la iglesia se conservaria pura sin recibir mas incienso que el que la adoracion y el amor presentan al Dios de los vivos, y en el cementerio se podria ofrecer con los ruegos y obla-ciones que se dirigen al alivio de los muertos.

Como al mismo tiempo mi amigo hacia construir



Tratado de conferencias económicas á cerca de la utilidad pública: por toda la Carta XXXVIII.

al contorno del lugar una alameda ó paseo público, y que al fin de este se hallaba un baldío, le pareció escogerlo para que se fabricase en él el cementerio, pues por este medio, á la oportunidad y cercanía del sitio, podía añadir la ventaja del camino. Estando el paseo empedrado y siempre bien conservado, ofrecía en todo tiempo un camino fácil para todos. Allí pues, y precisamente en el sitio en que la alameda se termina, para acortar en lo posible la distancia, hizo tomar las medidas, y dispuso un vasto espacio cuadrado, que hizo cercar con muros elevados,

En medio, hizo construir una capilla para depositar los cadáveres, y celebrar en ella los sacrificios y oficios funerales que la Religion consagra á los que han terminado su carrera. Los cuatro ángulos espaciosos que quedaban fuera de la capilla, estaban destinados para la inhumacion indistinta y general de todos los vecinos. Mi amigo no queria que cuando la Providencia con sus dones, y la muerte con su guadaña segadora igualan á todos los humanos, el orgullo se atreva á pasar mas allá de los confines de la vida, y que pretenda poner una distincion soberbia entre cadáveres, cuyas cenizas presto serán confundidas. A la entrada hizo poner una puerta de hierro con verjas, de modo que los claros separados dejaban penetrar la vista, permitian la de la capilla que estaba enfrente, y se podia registrar todo el interior; solo la podian dete-